

Films de Amor

50
cts.

El pais de la sonrisa

Margit Suchy
Richard Tauber

SELECCIÓN DE
FILMS DE AMOR
NÚMERO EXTRAORDINARIO

**REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y TALLERES:
VALENCIA, 234-APARTADO 707-BARCELONA**

DEPÓSITO GENERAL DE VENTA EN BARCELONA:
SOCIEDAD GRAL. ESPAÑOLA DE LIBRERÍA
CALLE DE BARBARÁ, NÚMEROS 14 Y 16

EL PAÍS DE LA SONRISA

Adaptación en forma de novela de la película del mismo título interpretada por el famoso tenor

RICHARD TAUBER

Narración de Adolfo Nieto Galán

Producción Emelka Film

Aragón, 249 *Barcelona*

REPARTO

Cheng Fug. RICHARD TAUBER
Elena. Margit Suchy

Argumento de dicha película

En la suntuosa mansión del Ministro en Viena y en su rico despacho particular, el Ministro hablaba amigablemente con su agregado militar, Gustavo, un joven de carrera brillantísima, a quien decía:

—Sin duda, usted Gustavo debe estar equivocado. Tal vez todo eso que me dice de Liesa, sea solamente apreciaciones suyas, hijas del mucho cariño que siente por mi hija.

—Ojalá fuera así, Excelencia—respondió tristemente el agregado—pero estoy en lo cierto al decirle que su hija no me ama.

—¿Y en qué puede usted basar esa afirmación tan categórica? — preguntó el Ministro.

—En sus actos, en su frialdad, en el empeño que pone en buscar pretextos para no estar conmigo...

—Sin embargo ella me declaró a mí que le amaba. Jamás obligué a Liesa a que aceptara un marido que no fuera de su gusto.

3

Algo debe haber ocurrido entre ustedes, para que ella haya adoptado esa resolución. Cuando me comunicó sus relaciones con usted me hizo sentir una gran alegría, porque conociéndole a usted, comprendí que usted era un hombre capaz de hacerla feliz.

—Me honra esa confianza, Excelencia—respondió Gustavo—pero, desgraciadamente, me veré en la situación de declinarla, si siguen las cosas así.

El Ministro calló un momento, ante las palabras del agregado, hasta que finalmente le preguntó:

—Usted debe saber algo, Gustavo. Lo que a mis ojos puede pasar desaparcebido, no es fácil que le pase a usted, estando enamorado de ella. ¿Por qué no es franco y me dice lo que piensa?

—Temo ser indiscreto, Excelencia. No sé si debo...?

—Déjese de cumplidos y sea franco. Ya sabe que le quiero de verdad y nada de lo que me diga ha de molestarme.

—Pues bien, Excelencia, Liesa está enamorada.

—¿Enamorada?... ¿De quién, si no de usted?—preguntó extrañado el Ministro.

—Liesa está enamorada — siguió diciéndole Gustavo — del príncipe oriental.

—¡Imposible! — exclamó el Ministro, poniéndose en pie—. ¿Mi hija enamorada de

ese hombre? ¡Nunca lo consentiría! ¡Esa sería la desgracia mayor que podría ocurrirle!

Gustavo lo dejó que hablase, y cuando lo vió más calmado, continuó diciéndole:

—Me felicito de que su Excelencia sea del mismo parecer que yo. Tal vez si yo hubiese visto que Liesa se enamoraba de un hombre de nuestra misma raza, de un hombre que hubiera podido hacerla feliz, yo mismo me habría retirado para no ser un estorbo a su felicidad, pero tratándose del príncipe, me creo en el deber de interponerme entre los dos.

—¡Y yo le autorizo para ello! —exclamó el Ministro—. Quiero que eso se acabe, y hoy mismo hablaré con Liesa!

—Sentiría que mi nombre saliese a relucir en esa conversación, Excelencia — rogó el agregado.

—Descuide usted, Gustavo — contestó su jefe—. Yo le prometo emplear otro medio para que ella misma me confiese la verdad. Acompáñenos usted a tomar el te.

Entraron los dos a la habitación, donde el Ministro esperaba encontrar a su hija, y se vió sorprendido con la noticia de qué ésta había salido, alterando su costumbre de acompañarlo.

Como había dicho el agregado, Liesa estaba enamorada del príncipe, de aquel personaje que desde hacía unos meses había llegado a Viena, llamando la atención por

la ostentación que hacía de su riqueza, de toda la alta sociedad vienesa.

Liesa le conoció con motivo de una recepción que dió su padre, y se sintió curiosamente atraída hacia él. El príncipe, por su parte, no pudo menos que admirar la belleza extraordinaria de la hija del Ministro, y así se lo dijo a ella mientras bailaban, un baile galantemente cedido por Gustavo.

—Es usted la mujer más bella que he conocido, señorita —le dijo el príncipe, con esa refinada galantería propia de los orientales—. En este salón, entre tantas damas, usted resalta entre todas como una rosa encarnada en un ramo de azuzenas.

Ella sonrió a la galantería de él y, evitando una contestación a lo que le había dicho, le preguntó:

—¿Su país, príncipe, debe ser maravilloso?

—Para serlo del todo sólo falta una cosa —respondió él.

Ella le miró, interrogándole con la mirada, y él siguió diciéndole:

—Falta una belleza como la suya.

—Muy amable —replicó ella—. Pero hábleme de su país. ¿Es verdad todo eso que se dice en los libros? Es todo tan encantador?

—No exageran mucho los escritores al hablar de él. En mi patria se siente la felicidad como en ninguna otra parte. Nosotros, los que

descendemos de sangre real poseemos palacios, solamente comparados con los de cualquier capital europea; así son de grandes y suntuosos. La profusión de jardines que adornan la ciudad, la dan un aspecto de hermoso vergel, aromado constantemente por el perfume de las flores, y a la caída de la tarde, cuando la luz del sol se esconde tras el ocaso, sus últimos rayos parecen llorar, por la ausencia a que los obliga la noche.

—¡Debe ser delicioso! —exclamó admirada Liesa.

—Sin embargo, algo hay allí, que no comprendería un occidental.

—¿El qué?

—El silencio, que parece embargar a toda la ciudad. A cualquier hora del día, diríase que la ciudad duerme, pero con un sueño apacible, dulce, como producido por el mismo perfume de las flores. Nuestras mujeres cruzan despacio, muy despacio, las habitaciones de nuestros palacios, y el ruído de sus piecitos de muñecas, apenas son perceptibles por el oído más refinado.

—¡Me gustaría conocer todo eso! —exclamó ella.

—¿Y por qué no? —preguntó el príncipe.

—Porque papá no saldrá nunca de Viena. Le tiene demasiado cariño a esto y no la abandonaría por nada del mundo.

—Eso no es obstáculo si usted quiere. Hay



Exigió de Liesa una declaración...

un medio para que pueda usted conocer mi país...

La conversación fué interrumpida por la llegada del Ministro y de Gustavo, quien, ofreciendo el brazo a su novia, la trasladó a otro lado del salón, no sin que antes ésta se despidiera del príncipe, diciéndole intencionadamente:

—Recuerde, Alteza, que me ha prometido venir a hacernos una visita.

—Nunca olvido lo que prometo, señorita

—respondió el príncipe, haciendo una galante inclinación.

Cuando quedó a solas con el Ministro, le dijo:

—Le felicito, Excelencia, tiene usted una hija encantadora y bellísima.

—Muy agradecido, Alteza — respondió el Ministro—, aunque supongo que habrá notado bastante diferencia entre nuestras mujeres y las de su patria. Las costumbres son por lo menos, completamente distintas.

—En efecto—respondió el príncipe—. La mujer europea tiene una libertad, que nosotros, los orientales, no les concedemos a nuestras mujeres. Pero ellas están acostumbradas y se avienen gustosas a esa sumisión.

Al día siguiente el príncipe fué de nuevo a casa del Ministro y encontró a Liesa sola. Hablaron de su patria lejana, de los encantos que encerraba, y a partir de aquel día fueron diarias las entrevistas entre Liesa y el príncipe.

Se los vió juntos en paseos, en teatros, en los salones de té, y la murmuración empezó a hablar, haciendo como verdadero un amor que sólo empezaba a mostrarse.

Llegó esto a oídos de Gustavo y exigió de ella una declaración que no obtuvo, pero la actitud de Liesa le demostró con toda claridad, que era verdad cuanto se decía, respecto a su amistad con el príncipe oriental.

La joven deslumbrada ante las fantásticas narraciones que el príncipe le hacía, había llegado a sentir un deseo inmenso de conocer aquel país, y se le ofrecía el príncipe como un ser extraordinario, que le causaba una profunda admiración. No era amor lo que el príncipe le inspiraba, sino un misterioso sentimiento que ella misma no podía juzgar, y que la hacía prever una felicidad desconocida, en aquel país misterioso, y siendo la mujer amada por él.

Impulsada por estos sentimientos, dejó que el príncipe continuara en sus galanteos, y casi le dió motivos para hacerle sospechar de que ella aceptaba su amor. Por fin, un día él expuso la situación claramente, diciéndole:

—Liesa, tengo necesidad de decirle la verdad. Me siento completamente enamorado de usted. Desde la primera noche que la vi, sentí que su belleza causaba en mí una sensación extraordinaria, y conforme han ido transcurriendo los días, conforme nuestra amistad ha ido siendo más continua, más íntima, esa sensación de la primera noche se ha ido convirtiendo en un gran amor, que deseo en el alma que se vea correspondido.

Ella bajó los ojos sin atreverse a contestar, pero dejó que él le tomase una mano y siguiera diciéndole:

—Digame usted que corresponde a mi

amor, que accede a ser mi esposa y me hará el hombre más feliz de la tierra.

Suspiró Liesa tristemente y le respondió:

—Príncipe eso es un sueño irrealizable.

—Irrealizable... ¿Por qué?

—Porque somos dos seres completamente distintos. Yo no puedo ser su esposa, aunque quisiera. No depende de mí. ¿Qué sería yo en su país sino una extranjera? ¿Podría avenirme a sus leyes? Usted mismo ha dicho que nuestras costumbres y las suyas son completamente distintas. Usted mismo llegaría a cansarse, no sería feliz con mi amor.

—¿Qué me importa a mí todo, teniéndola a usted? Cuando se ama, se rompen todas las tradiciones, para no sentir más que amor.

Pero la oposición de Liesa era débil, se adivinaba en ella el deseo de ser convencida y el príncipe que lo había advertido seguía insistiendo para que la hija del Ministro aceptase ser su esposa.

—¿Por qué no te casas conmigo? —dijo Gustavo, que ya no se sentía tan nervioso como al principio.

—No sé si te casaré conmigo, pero no te diré que no. Tú eres un gran hombre y yo te amo.

—Tú eres una hermosa muchacha y yo te amo.

La confesión de Liesa

Aquella misma tarde, cuando Liesa volvió a su casa, después de haber pasado varias horas en uno de los más elegantes restaurantes de Viena, su padre la llamó a su despacho y le dijo:

—Hemos de hablar seriamente, Liesa.

—¿De qué papá? —preguntó la muchacha.

—Se trata de ti, de tu casamiento.

—Si es de eso, ya hablaremos más adelante —replicó ella evitando la conversación.

—No puede ser, porque mañana he de dar una contestación a Gustavo —le dijo el Ministro.

—¿Se trata de Gustavo? —preguntó ella, que en aquel instante en quien menos pensaba era en el agregado.

—De quién, si no se iba a tratar? —exclamó su padre.

—¿Y qué es lo que quiere Gustavo?

—Pues me ha propuesto casarme en seguida. ¿Qué dices tú a eso?

—Yo creo que es demasiado pronto. Además, antes de hacerte esa proposición, supongo que lo más natural es que Gustavo me lo hubiera preguntado a mí.

—¿Para qué? ¿Acaso no diste tu consentimiento para vuestras relaciones? Si así fué él no tenía otra otra cosa que hacer que fijar conmigo la fecha de la boda.

—Sin embargo yo prefiero esperar. No estoy del todo decidida a casarme con Gustavo—replicó Liesa, haciendo ademán de salir. Más su padre la retuvo diciéndole:

—No te vayas. Este es un asunto que no se puede dejar en el aire.

Liesa, se abrazó a él, queriéndolo ganar con sus mimos y le dijo:

—¿Tantas ganas tienes de dejarme? ¿Acaso te molesto demasiado?

—Bien sabes que no—le respondió su padre—pero se trata de tu felicidad y esa sí que me interesa más de lo que tú te supones.

—¿Pero si yo soy muy feliz contigo, por qué me he de casar tan pronto?

El Ministro, ante la vaguedad de las contestaciones de su hija afrontó la situación resueltamente y le dijo:

—Hablemos claro, Liesa. ¿Amas a Gustavo, o no?

Ella esperó unos segundos antes de contestar hasta que le respondió:

—No, papá, no le amo.

—¿Entonces por qué le hiciste concebir la ilusión de que serías su esposa?—le preguntó seriamente su padre.

—No lo sé—respondió ella—. Creí que le amaba, me fué simpático, me gustó y llegué a creer que no me sería difícil amarle.

—¿Quieres que te diga yo la verdad de todo?—le preguntó el Ministro.

Liesa palideció, al advertir el tono con que su padre le hablaba y calló sin atreverse a responder, hasta que le dijo:

—Estoy seguro de que amas, o por lo menos, crees que amas a otro hombre.

—¿Por qué me dices eso, papaíto?—preguntó nerviosamente la hija del Ministro.

—Porque sé incluso quién es el hombre que ha hecho que sientas esa indiferencia por Gustavo. Ese hombre es el príncipe.

—¿Y qué tendría de particular que le amase?—preguntó ella—. El príncipe es un hombre de honor, pertenece a la más rancia nobleza oriental y no creo que fuese ninguna deshonra el que yo fuese su esposa.

—¿Y crees acaso que yo consentiría ese matrimonio? ¿Crees que me importas tan poco para permitir que esa novela romántica siga adelante? Tú no puedes ser la esposa del príncipe, porque entre tú y él media un abismo insondable de raza, de costumbres y

de civilización. ¿Qué serías tú siendo la esposa del príncipe? En su país una extraña, sin un amigo en quien poder confiar, y en el nuestro una mujer que se había vendido por la riqueza del príncipe. La vida te sería imposible allí y aquí. No, Liesa, eso es una locura que nunca permitiré. Vuelve en ti, piensa en lo que haces y piensa también que Gustavo te ofrece un amor leal, noble y que puede hacerte feliz.

—Todo eso ya lo he pensado, papá—respondió enérgicamente la joven—pero así y todo estoy dispuesta a ser la esposa del príncipe. El me ha asegurado que por mí rompería todas sus tradiciones.

—¡Miente!—exclamó el Ministro.

—El príncipe es incapaz de mentir—protestó ella.

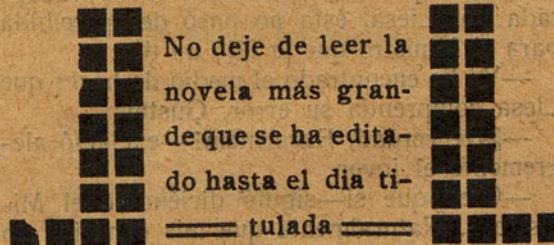
—Perdóname, no he sabido expresarme bien—respondió el Ministro—. He querido decir, que aun cuando él, en estos momentos crea posible lo que te dice, cuando llegue el día que añore su patria, cuando sienta deseos de volver a ella y se vea entre los suyos, toda aquella civilización que aprendió de niño y que ahora está oculta bajo una leve capa de occidentalismo, reaparecerá con la misma fuerza y lo aprisionará, haciendo de él lo que es, un oriental.

—Es imposible—protestó Liesa—. No pue-

do creer eso en el príncipe. El me ama, me lo ha jurado.

El Ministro comprendió que era inútil seguir discutiendo sobre aquel particular y terminó la entrevista, aunque posteriormente pensaba en el modo de hacer comprender a su hija la verdad de cuanto acababa de decirle.

Ediciones BIBLIOTECA FILMS



M (el vampiro de Dusseldorf)

Dirigida por FRITZ LANG

96 páginas de texto - Precio: 1 peseta

que vive en el cuarto de los invitados. Luego se dirigió a la sala de estar y se sentó en un sillón. El Ministro se acercó y le preguntó si quería algo más. Liese respondió que no, y el Ministro se retiró.

La fiesta

Continuaron los días, sin que nada viniera a alterar la costumbre de Liesa y Gustavo, siguió siendo la visita de confianza de la casa.

Aun cuando el joven procuraba disimular la tristeza que le causaba la resolución adoptada por Liesa, ésta no pasó desapercibida para el Ministro que le dijo un día:

—Ya he encontrado el medio de hacer que Liesa comprenda su error, Gustavo.

—¿De verdad, Excelencia? —exclamó alegramente el joven.

—Creo que sí —siguió diciéndole el Ministro. Naturalmente que mis consejos no llegarían a convencerla y para ello he ideado celebrar una fiesta, en la cual se represente una obra que sea una reproducción de la historia de ella y el príncipe y en la que pueda demostrarle lo que le sucedería si se casase con él.

—Y cree usted que esto la hará desistir?



El príncipe fué recibido con todos los honores.

—Sí, porque Liesa no ama al príncipe.

—¿Que no le ama? —preguntó extrañado el agregado. —Entonces, ¿cómo no se separa de él?

—Liese tiene —continuó diciendo el Ministro— lo que tienen muchas muchachas de su edad, una imaginación propensa a todas las fantasías. El príncipe le ha pintado su país con los más vivos colores y ella se ha dejado cegar por toda esa historia fantástica. Pero estoy seguro de que cuando Liesa llegue a

saber la verdad, cuando se le ofrezca un caso igual que el suyo, con todos sus inconvenientes, el príncipe caerá del altar que su fantasía le ha erigido.

—¿Y cuándo se celebrará esa fiesta? — preguntó ansiosamente el muchacho.

—Ya lo tengo todo preparado. Sólo falta que el ilustre maestro Franz Lehar me dé la fecha, para cursar las invitaciones. El mismo se ha encargado de escribir la música y me han prometido actuar de protagonistas los célebres cantantes Richard Tauber y Margit Suchy.

—¿Invitará usted al príncipe?

—Desde luego — respondió el Ministro — éste será el verdadero protagonista, aunque no tome parte en la representación.

Pocos días después de esta conversación, en los sumptuosos jardines del Ministerio de Estado de Viena, se había levantado un escenario para representar la obra que había escrito el insigne compositor, de acuerdo con el Ministro.

Antes de la hora de empezar la representación, los jardines ofrecían un aspecto fantástico por su iluminación, e iban llegando los invitados.

Los coches iban deteniéndose en la verja del jardín y en la misma puerta eran recibidos los invitados por el Ministro y su hija.

Llegó de los primeros Gustavo, que se acercó a Liesa diciéndole:

—Querida Liesa, ¿espero que tendré el honor de ser esta noche tu compañero de mesa?

—Con mucho gusto lo sería — respondió la joven — pero no podré acceder a tu deseo, porque ya me he comprometido.

—Con el príncipe, verdad? — exclamó nerviosamente él.

Ella se le quedó mirando, como si le retara con la vista y le dijo, al mismo tiempo que le volvía la espalda desairadamente:

—Tú lo has dicho. ¡Con el príncipe!

El Ministro advirtió la discusión de los dos jóvenes y se acercó a Gustavo diciéndole:

—Querido Gustavo. Ya echaba de menos su presencia. Venga, venga conmigo.

Cuando consiguió alejarlo de ella, volvió a decirle:

—No sea usted niño y vaya a echar a perder todo mi trabajo. Les he visto discutiendo como si fueran dos chiquillos.

—Perdón, Excelencia, pero me ha sido imposible reprimirme al oír hablar de ese hombre.

—No desespere, amigo — terminó diciéndole el Ministro —. Ya queda poco.

En aquel momento sonó la bocina de un auto en la puerta y Liesa reconoció el coche del príncipe. Salió seguida de su padre a re-

cibirlo y el príncipe, después de saludar al Ministro, ofreció galantemente el brazo a Liesa, diciéndole:

—¿Cuántas horas hace que no nos vemos, Liesa?

—¿Las cuenta usted? — preguntó ella sonriendo.

—El deseo de volver a estar a su lado me hace contar hasta los minutos que dura nuestra separación. ¡Soy tan feliz teniéndola cerca de mí!

Habían llegado junto a un velador situado en la primera fila de los espectadores y Liesa, sin preocuparse ya de los demás invitados se sentó junto al príncipe, que siguió diciéndole:

—Liesa, ¿cuándo se decidirá usted a darme una contestación afirmativa?

—Todavía es pronto — respondió ella—. No estoy aún decidida, me falta el valor para dejar a papá. ¡Está tan lejos su país!

—¿Y qué importa eso, si nosotros hemos de estar tan cerca, Liesa?

Desde otro velador contiguo, Gustavo miraba a los dos y en su corazón se alzaba el huracán de los celos, que la presencia del príncipe causaba.

La representación

En las habitaciones que se habían habilitado de exprofeso, los artistas que habían de tomar parte en la representación iban caracterizándose, tomando paulatinamente el aspecto de personajes orientales, de conformidad al ambiente en que había de desarrollarse la obra, mientras que en el escenario iba montándose la escena, que representaba un magnífico palacio oriental.

La nueva obra de Franz Lehár había despertado en toda la buena sociedad vienesa esa expectación que siempre ha precedido al estreno de cualquiera de las composiciones del gran músico y se esperaba el momento de conocerla con verdadero interés.

Para los invitados, la fiesta no tenía otro objeto que el de dar a conocer la nueva producción del músico, para el príncipe y Liesa aquello les servía de motivo para poder permanecer unas cuantas horas más juntos y para el Ministro y Gustavo, la representación

tenía el doble sentido que ya hemos indicado anteriormente.

Por fin se presentó en la orquesta el autor de la música y su presencia fué acogida con una verdadera ovación.

Correspondió el músico con sus saludos a la admiración que despertaba entre el auditorio y empuñando seguidamente la batuta, dió comienzo a una deliciosa sinfonía.

Al terminar ésta, se levantó el telón y en la escena apareció un sumuoso palaco oriental, donde se hallaban congregados los grandes sacerdotes y el padre de un príncipe chino, llamado Chen Fug.

Chen Fug volvía después de haber permanecido durante bastante tiempo en Europa, a donde había ido a cursar sus estudios y para recibirlo y coronarlo como príncipe se habían reunido todos los dignatarios de su patria.

Llevado en un trono, conducido por varios esclavos, Chen Fug hizo su entrada, precedido por los guerreros y cantores de la ciudad.

Con una solemnidad que imponía, su padre se acercó a él y le dijo:

—¡Bienvenido seas, príncipe, al hogar de tus antepasados!

—Que la sombra de ellos se prodigue sobre vuestra persona, señor—respondió el



Y sentándose a un velador de primera fila...

príncipe, haciendo una profunda reverencia.

—Fen Chug—siguió diciéndole el padre—. Todos nosotros estamos orgullosos de ti y sabemos que tu estancia en el País del Océano ha sido provechosa. Ya estás en disposición de ocupar el trono, que tan celosamente he guardado para ti y en el que tú harás respetar nuestras leyes y costumbres.

El príncipe no prometió nada, pero dejó que continuaran las ceremonias prestándose

a cuanto de él exigían las costumbres del país.

Mientras tanto, lejos de allí, en uno de los muchos kioskos destinados exclusivamente al príncipe, una mujer europea, joven y bellísima esperaba impaciente el fin de aquella ceremonia. Se había puesto sobre ella un rico kimono y sentada ante una mesita tomaba el te que le había servido un fiel criado del príncipe.

Por fin apareció Chen Fug y mostró su extrañeza de verla vestida de aquella forma diciéndole:

—¿Por qué te has puesto ese traje?

Ella le miró sonriente y le respondió:

—Quería darte una sorpresa, ver cómo me sienta la ropa de tu país.

—Pero tú no debes vestir así—le respondió él—. Tú eres una mujer europea.

—¿Te disgusta que lo haya hecho?—le preguntó ella mimosa—. ¿Cómo has tardado tanto?

—Tenía que cumplir mis deberes de príncipe—respondió él—. Aún cuando quiera sustraerme a muchas cosas, es imposible que un hombre como yo, pueda eludirlas.

Ella le miró tristemente y le dijo:

—Sin embargo, tú me has dicho que no estaré mucho tiempo oculta en este departamento.

Evitó Chen Fug una contestación definitiva y le dijo, al fin:

—Te prometí que serías mi esposa ante todos y lo serás, pero por ahora es preciso que continúes oculta, hay que respetar una vieja tradición de mis mayores.

—¿Una vieja tradición?—preguntó ella.

—Sí—siguió diciéndole el príncipe—. En nuestra familia existe una tradición que prohíbe que ningún extranjero, ni hombre ni mujer, pueda habitar en nuestro palacio.

—Entonces, ¿si me encuentran aquí, me pasará algo?—preguntó asustada ella.

—No temas nada, Elena—le dijo cariñosamente el príncipe—. Aquí tendrás cuantos servidores quieras.

—No—exclamó ella—no quiero más servidores. Todos me miran de una forma extraña... Me dan miedo. Yo creí que no sería tan extraña aquí.

Y valiéndose de una bella canción fué narrándole la forma en que se conocieron y la promesa que él le había hecho de que sería para él la esposa oficial ante todos.

Los amores de Chen Fug y Elena

Durante la estancia de Chen Fug en Europa había conocido a Elena, hija de un embajador y prometida de un joven oficial marinero.

La jerarquía del príncipe, la leyenda de que se hallaba rodeado su país y las fabulosas riquezas que se decía tenía, habían llegado a interesar a Elena.

El príncipe, por su parte, se sintió poseído por la belleza de la muchacha y pronto comenzó entre los dos un tierno idilio que concluyó con la boda secreta del príncipe y Elena.

Pero la felicidad de los dos se vió de pronto interrumpida por la orden de regreso a su país del príncipe. Entonces fué cuando Elena comenzó a darse cuenta de la locura que había cometido, pero su amor por Chen Fug pudo más que su temor y aceptó todas las promesas que él le hizo.

Su llegada a la patria del príncipe sola-

mente fué conocida por su marido y algunos fieles servidores de Chen Fug, quien ordenó que Elena fuera conducida a los salones particulares de él, hasta poder presentarla a su padre y conseguir la autorización para casarse con arreglo a las costumbres del país.

Durante todo el día siguiente a su llegada no pudo ver a Chen Fug y al volver otra vez éste a su lado no pudo ella menos que recordarle todas sus promesas diciéndole:

—No sé, Cheng, pero me parece que nos hemos equivocado. Yo me encuentro extraña en este país. No soy lo que creí que sería.

—¿Acaso dudas de mi amor?—preguntó él.

—No—respondió ella—. Estoy segura que me amas como yo a ti, pero sin embargo, es todo tan extraño aquí para mí, hay tanta diferencia en nuestras costumbres!

—Todo pasará—respondió él abrazándola amorosamente—. Piensa sólo en nuestro amor y en lo feliz que podemos ser el uno al lado del otro.

—¡Sin embargo, me encuentro tan sola! —suspiró tristemente ella—. Cuando tú no estás a mi lado, las horas me parecen siglos por lo largas.

—Tendrás una amiguita a quien deseas que quieras mucho. Es mi hermanita. Es una

niña todavía. Apenas si tiene diez y ocho años y mantiene la ingenuidad con que nosotros educamos a nuestras mujeres.

Se volvió hacia una puerta por donde Lin-Gi, la hermana del príncipe asomaba curiosamente su linda cabecita y le hizo una seña para que acudiese donde estaban ellos.

Lin-Gi corrió con sus pasitos menudos a donde estaba Elena y le dijo, haciendole una reverencia al estilo de su país:

—¿Cómo está, "señola"? Mi respetable hermano me ha dicho que usted quería verme.

—Sí, Lin-Gi—le dijo Chen Fug—, quiero que seas muy amiga de Elena. Ella es mi esposa y debes quererla tanto como a mí.

—Yo halé todo lo que quieras, querido hermano—respondió sonriendo la niña y sentándose al lado de Elena.

Al cabo de un rato Chen Fug volvió a salir, dejando solas a su hermana y a Elena, quien le preguntó:

—¿Es muy grande este palacio, Lin-Gi?

—Mucho, señola—respondió la hermana del príncipe—pelo la señola no podrá conocerlo.

—¿Por qué?—preguntó curiosamente ella.

—Polque nuestla ley lo plohibe. En la casa de los Fug no puede entlar ningún extlanjero.



—Yo la quiebo a usted mucho.

—¿Ni aún siendo la esposa de Cheng?—preguntó Elena.

—Tampoco—le dijo la niña—. Nuestla ley no pelmite casarse con una mujel que no sea de nuestla laza. Pelo la señola no debe tener miedo. Cheng la quiebo mucho y Ling-Gi la quiebo también. ¿Veldad que selá muy amiga mía?

Hizo aquella pregunta con tanta ingenuidad, expresaban sus palabras tanta infantili-

dad que Elena no pudo sustraerse al encanto que se desprendía de la chiquilla y la abrazó.

—¿Crees tú que tu padre consentirá en nuestra boda?

—No sé, no sé—respondió la chiquita dudando—. El ama mucho nuesta ley.

—¿Y no podré salir de aquí?—preguntó nerviosamente Elena.

—Es lo mejor. Aquí nadie vendrá, pelo en el jardín pueden estar los soldados y los ciadós.

Mientras se iba desarrollando la representación, Liesa se sentía transportada mentalmente a aquel país que tenía ante sí. Sus personajes le parecían una encarnación de ella misma y del príncipe, hasta la hermana de Cheng Fug sería tal vez la misma hermana de quien él tantas veces le había hablado.

En el País de la Sonrisa

Siguió el segundo acto de la representación del País de la Sonrisa, título con que había designado el compositor a la obra que se ejecutaba.

Elena seguía siendo una extraña en el palacio del príncipe Cheng. En nada había cambiado su situación y únicamente veía su soledad animada con la dulce compañía de Lin-Gi, que procuraba estar a su lado el mayor tiempo posible.

Una tarde, que se encontraba sola sintió un ruido misterioso cerca de ella. Volvió rápidamente la cara y vió que se cerraba una puerta secreta, practicada en uno de los tabiques. Por muy aprisa que quiso retirarse la persona que la espiaba, aun tuvo tiempo ella para ver la cara de uno de los habitantes de aquel país. Sintió un miedo terrible y esperó con verdadera angustia la llegada del príncipe o de su hermana, para

preguntarle qué era aquello y qué es lo que significaba.

La primera en llegar fué Lin-Gi, a quien Elena le dió cuenta de lo que había visto.

La muchacha abandonó inmediatamente su sonrisa y le dijo:

—Esto es que ya saben que estás aquí.

—Pero todavía no ha dicho nada Cheng?

—preguntó Elena extrañada.

—Cheng tiene miedo — respondió Lin—. Nuestra ley es muy sevela.

—Pero él me dijo que nada le importaba vuestra ley, que haría de mí su esposa. Ahora veo que todo ha sido un engaño, que nada de lo que me dijo es cierto... ¡Quién pudiera volver otra vez a mi casa!

No pudo contener el llanto que acudió a sus ojos y la hermana del príncipe la estrechó entre sus brazos diciéndole:

—No esté triste. Cheng se disgusta si sabe que ha llorado.

—Poco debo importarle a Cheng cuando así me trata—exclamó Elena.

La chinita no se atrevió a responder y menos al ver que su hermano llegaba en aquel instante. Comprendió que su presencia allí resultaría molesta y con esa intuición tan innata en todos los orientales, salió de la estancia dejando solos a los dos esposos.

Apenas se acercó Cheng Elena le dijo:

—Cheng, es necesario que esta situación se termine, yo no puedo estar aquí abandonada y espiada por todos.

—¿Espiada?—preguntó Cheng, sin poder ocultar su sorpresa.

—Sí—volvió a decirle ella—. Estas paredes tienen puertas secretas y hoy he visto un rostro desconocido que me miraba con insistencia. Era un viejo de barba blanca, que me ha impresionado grandemente. Siento miedo, un miedo terrible.

Cheng intentó abrazarla, pero Elena le rechazó suavemente diciéndole:

—No, Cheng, basta ya de farsas. Necesito que esto acabe o que me dejes volver a mi casa. Nada de lo que me dijiste se ha cumplido.

Cheng guardó silencio. No encontraba palabras para convencer a Elena, comprendía que ella llevaba razón al quejarse de aquella forma. Sin embargo, ¿qué podía hacer él? La amaba como el primer día, sentía por ella una gran pasión, pero durante el tiempo que llevaba en su patria las viejas costumbres habían ido haciendo presa en él y volvía a ser nuevamente el mismo de siempre. Su vida en los países de occidente iba disipándose y sólo pensaba en lo que le rodeaba en aquellos momentos.

Elena comprendió lo que pasaba por él en aquellos instantes y le dijo:

—Nos hemos engañado, Cheng. Yo creí que tú podrías cambiar tus costumbres y que yo podría aclimatarme a ellas, pero la realidad ha venido a demostrarnos que nuestras ilusiones no han sido otra cosa que ilusiones. Debemos separarnos.

—¡Eso nunca! — protestó Cheng. — Te amo, Elena, te amo como a ninguna mujer podría amar. Es verdad lo que dices de que nuestras costumbres son diferentes, pero yo te prometo que hoy mismo acabaré esta situación embarazosa. Hablaré con mi padre y le diré la verdad de nuestros amores.

—¿Y crees que tu padre consentirá? — preguntó ella ansiosamente.

—Estoy seguro de que sí — respondió el príncipe. — Me ama demasiado. Además mi hermana apoyará mi petición y entre los dos ahogaremos sus viejos prejuicios.

Aquella afirmación de Cheng tranquilizó algo a Elena y esperó más tranquila la vuelta del príncipe para decirle el resultado de su entrevista con su padre.

Aquella misma noche fué Cheng en busca de su padre y le dijo:

—Señor, tengo que pediros una merced, que espero me concederéis.

—¿Qué quieres? — preguntó su padre.

—He decidido casarme — le dijo Cheng.

—Haces bien — exclamó el padre. — También nosotros hemos pensado en darte mujer.

—Es que yo ya la he elegido — exclamó el príncipe.

—¿Es esa mujer a quien te has atrevido a introducir en el palacio de tus antepasados?

—preguntó severamente el padre del príncipe.

—Sí, padre — contestó débilmente el príncipe al advertir la severidad con que le hablaba. — ¿Cómo lo sabéis?

—¿Creías acaso que se me podía ocultar a mí una cosa así? — exclamó el padre.

—Has cometido un verdadero pecado, por el que los dioses te castigarán!

—Pero los dioses no han impedido que yo me enamorase de ella — exclamó el príncipe.

—Amo a esa mujer y nada me obligará a dejarla!

El padre del príncipe comprendió que sería inútil forzar la voluntad de su hijo e ideó otro medio, diciéndole:

—Está bien. Consentiré en que sea tu esposa, pero con otra condición.

—¿Cuál? — preguntó Cheng.

—Que te cases también con una mujer de nuestra raza... Ya sabes que la ley permite a los que tenemos sangre real elegir doce es-

posas. Yo te he prometido en casamiento con otra mujer de aquí y has de cumplir el compromiso que he contraído.

—Pero eso no lo admitirá ella. Está acostumbrada a la civilización de occidente.

—Pues que se avenga a la nuestra. ¿No ha de vivir entre nosotros? ¿No ha de ser la esposa de un príncipe oriental? Pues justo es también que acepte nuestras leyes y no venga a imponernos las suyas.

Las últimas palabras de su padre dejaron convencido al príncipe. Llevaba razón, si iba a ser la mujer de un príncipe oriental, justo era también que aceptase las leyes del país y que las acatase.

Ediciones BIBLIOTECA FILMS

Ha puesto a la venta la sugestiva e interesante novela

AL ESTE DE BORNEO

por CHARLES BICKFORD

**96 PÁGINAS DE TEXTO
UNA PESETA**

Servimos números sueltos y colecciones, completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis

La boda del príncipe

Al día siguiente, todo estaba preparado para celebrar la boda del príncipe con su nueva esposa. Su padre se había apresurado a adelantar aquel acto con el fin de terminar de una vez la difícil situación en que le había colocado Cheng entre los dignatarios del país.

Horas antes de celebrarse la boda, de la que Cheng no le había dicho nada a Elena, Lin-Gi fué a buscarla y le dijo:

—Vengo a darle una noticia, señola.

—¿Qué pasa? — preguntó sobresaltada Elena.

—¿No le ha dicho nada mi hermano? — preguntó ella.

—No, y te ruego que me lo digas tú. Me pasan tantas cosas desde que estoy aquí, que ya nada me puede extrañar.

—Hoy se casa mi hermano.

—¿Qué se casa? — preguntó extrañada Elena. — ¿Y yo? ¿Ha olvidado que está casado conmigo?

—Eso no impulta — siguió diciéndole la chinita—. Nuestla ley pelmite casalse doce veces.

—Eso lo permitirá vuestra ley, pero no la mía: no creo que Cheng sea capaz de hacer eso. Sin duda lo dices tú para enfadarme.

—¿Clee la señola que yo no la quielo?— preguntó con tristeza Lin-Gi al ver el tono con que le hablaba Elena—. Yo le he dicho la veldad. Venga si quieles verlo. Yo le dilé donde se celebla la boda.

Guiada por Lin-Gi cruzó varios jardines, hasta llegar al salón principal del palacio donde estaban reunidos todos los dignatarios y donde Cheng esperaba la llegada de su nueva esposa. Al ver aquél llegar a Elena corrió a su encuentro y le dijo:

—Ven, te presentaré a mi padre.

—No es necesario — exclamó ésta—. Yo me presentaré y le diré que soy tu esposa y que no te puedes casar otra vez.

Pero el viejo Fug le evitó la violencia de su acto, saliendo a su encuentro y diciéndole:

—¿Es usted la esposa eulopea de mi hijo?

—Sí—exclamó ella—Cheng no puede casarse, porque está casado connmigo.

—Pelo ese casamiento no es válido pala nosotlos, aquí hay otla ley.



Vió que llegaba un marino europeo...

—Pero él se ha casado connmigo, según las leyes de mi país y ha de ser mi esposo.

—Yo también quielo que lo sea—le respondió el viejo príncipe—. Cheng selá su esposo y también el de la esposa que le hemos elegido: nuestra ley pelmite tenel valias mujoles.

—Pero yo no puedo permitir eso. Yo reclamo a Cheng solamente para mí.

—Eso no puede ser, señora—le dijo sonriendo el viejo—. Usted está entre nosotros y se tiene que acostumbrar a nuestras costumbres.

—¿Y qué dices tú a esto?—preguntó Elena volviéndose a su marido.

Mas al ver que éste permanecía callado, comprendió que no tenía nadie quien la defendiera en aquel país extraño para ella y salió llorando de allí, seguida de Cheng, que logró alcanzarla en el jardín y decirle:

—No tienes razón, Elena, para portarte de ese modo.

—¿Qué quieres que haga?—preguntó ella extrañada.

—Debes acatar nuestras leyes. Piensa que eres la esposa de un príncipe oriental.

—¿Y por qué no me hiciste la misma consideración antes? ¿Crees que puedo permitir yo esa dualidad de esposas?

—Eso no tiene nada de particular, Elena. Tú sabes que aunque me case todas las veces que ordene nuestra ley, siempre serás tú únicamente la que amaré.

—Pues pruébame lo no casándote.

—Yo no me debo a mí mismo—le respondió él—. He de cumplir con la costumbre que



— De aquí no me voy sin tí, Elena.

me impone mi jerarquía. He de aceptar lo que disponen los dioses.

—Pero yo no, porque no creo en ellos— exclamó Elena—. Quédate tú con tus creencias y tus costumbres y déjame a mí con las mías. Me volveré a mi casa y pensaré que

todo esto ha sido un sueño terrible del que no quisiera ni acordarme.

—¿Y crees que te sería fácil salir del palacio sin mi consentimiento? —preguntó él—. Nadie te permitirá la salida, sin que yo lo ordene. Desde ahora todos tus pasos serán vigilados y no te moverás sin que yo sepa lo que haces.

Sin preocuparse de ella, volvió otra vez a donde estaban su padre y los demás sacerdotes, mientras que Elena quedaba sola llorando amargamente su desgracia.

Lin-Gi, compadecida de Elena salió en su busca y de pronto se vió sorprendida por la presencia de un extranjero. Vestía de marino y al verla le indicó silencio con la mano. Era tan simpático el extranjero, que Lin obedeció la señal de él y éste se acercó a ella diciéndole:

—¿Es este el palacio de Cheng Fug?

—Aquí vive mi respetable hermano —contestó Lin sonriendo—. ¿Qué deseaba?

—Ver a una mujer que ha traído con él.

—¿Elena? —preguntó ella.

—Sí, ¿la conoce?... ¿Está aquí?

—Yo le llevé donde está ella.

El marino se dejó conducir hasta donde estaba Elena, quien al verlo exclamó:

—¡Roberto! ¿Cómo has podido entrar aquí?



Y estrechando la mano de la bella chinita...

—Ni yo mismo podría explicártelo —respondió el marino—. Vine solamente a buscarte a este país, me dijeron donde estaba el palacio de Cheng Fug y he saltado las tapias, hasta encontrar a esta chinita que me ha traído a tu lado.

—¿Y no sabes a lo que te has expuesto?— preguntó alarmada ella.

—¿Qué me importa a mí nada?— exclamó él—. He venido por ti y quiero que te vengas, Elena.

—No es posible, Roberto— respondió tristemente ella.

—¿Por qué?— preguntó él—. ¿Acaso sigues amando al príncipe? ¿Todavía persiste en tu fantasía? ¿No comprendes que tú no puedes ser feliz aquí?

—Sí, Roberto, hoy lo he comprendido del todo. Debo huir, alejarme de aquí, pero no puedo. Estoy prisionera. Se me vigila, se me espía por todas partes. ¡Vete! ¡Huye tú, antes de que pueda ocurrirte algo! ¡Todo aquí me da miedo!

—Yo no me iré sin ti— exclamó Roberto apasionadamente—. ¿Crees acaso que he venido solamente para oírtे decir que me vaya? Ahora que sé que no amas ya a ese hombre es cuando menos te dejaré en su poder.

—No le amo — exclamó Elena—. Ahora comprendo lo loca que fuí al despreciar tu amor, el único que me hubiera podido hacer feliz. Pero ahora ya es tarde para volver atrás y no quiero que pagues tú una culpa que solamente yo he cometido. Vete, vete, te lo suplico. Hazlo por ese mismo amor que dices tenerme.

—Es inútil que insistas, Elena. De aquí no me iré sin ti. Prefiero mil veces la muerte, a perderte otra vez. Sé que eres desgraciada y que debo auxiliarte y aquí estoy para defenderte y para ofrecerte mi vida, si es necesario.

—¿Pero no comprendes que nada podrás hacer contra ellos? — exclamó desesperada Elena.

—Huyamos por donde yo he venido. Nadie me ha visto entrar y de la misma forma podremos salir.

Aquello último convenció a Elena, que dijo:

—Llevas razón. Todo es preferible a seguir viviendo aquí, con un hombre a quien ya no amo. Vámonos.

Fueron a salir, mas en aquel instante se presentó Lin-Gi, diciéndoles:

—No seáis locos. ¡No il por el jaldín!

—¿Qué dices?— preguntó Elena, sorprendida por la presencia de la chinita.

—Que pol el jaldín seléis plonto vistos. Venid conmigo y yo os enseñalé un camino pol el cual lograléis salir de palacio sin que nadie os vea.

—¡Qué buena eres, Lin-Gi!— exclamó acariciándola Elena.

Lin-Gi no apartaba sus ojos del marino. Toda su atención estaba reconcentrada en él, y parecía que toda su alma dependía de cual-

quier movimiento de aquel hombre que tanto la había aprisionado.

La joven, cumpliendo lo que les había dicho, hizo funcionar un resorte en la pared y apareció una puerta, tras la cual había una escalera. Señaló a ésta y les dijo:

—Bajad pol aquí y seguid el camino que encontléis. Antes de diez minutos estaléis fuera de palacio.

—Gracias—exclamó Roberto, estrechando la mano de la joven china, quien al rozar la suya con la del europeo sintió un dulce estremecimiento.

—¡Plonto, plonto! — insistió la joven, haciéndolos bajar.

Los dos se precipitaron por la escalera y sintieron como detrás de ellos volvía otra vez a cerrarse la puerta. Como les había dicho Lin-Gi encontraron una especie de túnel y por él comenzaron a andar. Al cabo de unos minutos oyeron el ruido de una puerta que se cerraba interceptándoles el paso, pero al mismo tiempo divisaron otro camino.

—Debe haber sido Lin-Gi, que desde arriba nos marca el camino que debemos seguir —dijo Elena.

—¿Tienes confianza en esa muchacha?— preguntó Roberto.

—Absoluta—respondió Elena—. Ha sido la



—Les he ayudado yo a escaparse.

única amiga que he tenido durante los días que he estado aquí y nunca me ha engañado.

—Pues sigamos entonces—volvió a decir Roberto.

Volvieron a ponerse en marcha y después de recorrer varias galerías encontraron una escalera.

—Ya debemos estar fuera—le dijo Roberto.

—Sin duda esta escalera dará al exterior del palacio—murmuró Elena.

Subieron por ella y su sorpresa fué gran-

de cuando vieron que se encontraban nuevamente en el mismo punto de partida.

Allí estaba, con los brazos cruzados y sonriendo enigmáticamente el príncipe, que les dijo al verlos:

—¿Creíais que era tan fácil engañarme a mí?

Elena miró a Lin-Gi y Cheng se apresuró a decirles:

—Ella no os ha engañado, pero yo tengo quien me avise de todo cuanto hagáis. ¿Queríais huir?

—Sí—exclamó Elena—. Tú no tienes derecho a detenerme. No te amo, ni creo haberte amado nunca. ¡Sufrí una equivocación y quiero repararla.

—¿Estás decidida a abandonarme?—preguntó serenamente el príncipe.

—A todo estoy dispuesta, antes que seguir aquí.

El príncipe calló un instante, miró a su hermanita, que seguía con la mirada fija en el marino y al fin, exclamó:

—Está bien. No quiero detenerte contra tu voluntad. Eres libre y puedes marcharte. Sal por esa escalera por la que has entrado

y sigue el camino recto hasta el fin. Ya nada habrá que te impida llegar hasta fuera de palacio.

Roberto tomó de la mano a Elena y la condujo nuevamente a la escalera por la que acababan de subir.

A los diez minutos de andar vieron una luz a lo lejos y se dirigieron a ella. Pronto vieron una puerta y salieron por ella, respirando el aire libre del campo.

—Estamos fuera del palacio—exclamó Roberto.

—¡Por fin!—contestó ella, echándose en sus brazos—. Perdóname todo lo que te he hecho sufrir, Roberto.

—Yo te perdonó, Elena—exclamó él, acariciándola—. ¿Crees que si no te hubiera perdonado, si no siguiera amándote tanto como antes hubiera venido a buscarte?

Y los dos amantes, tiernamente unidos se alejaron de aquel misterioso palacio, donde Elena creyó encontrar en un momento de locura la felicidad que tan cerca tenía de ella.

Mientras tanto, en el palacio, Lin-Gi, cuando los vió desaparecer corrió a refugiarse en los brazos de su hermano, diciéndole:

—Se han ido... ¡Se va!

—Sí, hermanita—respondió él acariciándola y comprendiendo el pesar de su hermana.

—Ellos no podían seguir aquí. Son de otra raza y las razas distintas, por mucho que se amen y luchen nunca llegan a entenderse. Todos hubiéramos sido desgraciados. Hay que ser fuertes en el dolor y consolarse.

Y llevándola tiernamente abrazada la sacó de aquel salón donde parecía flotar todavía la sombra de los extranjeros.

PIDA el CATALOGO de
"BIBLIOTECA FILMS"
que contiene entre otros éxitos
**EL DESFILE DEL AMOR y las nuevas
colecciones de tarjetas postales. LOS DIEZ
MAS SUGESTIVOS BESOS POR LOS
ARTISTAS MAS SIMPATICOS"**

Lo remite gratis:

BIBLIOTECA FILMS - Apartado 707 - Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitirán cinco céntimos para el correo. Envío gratis.

La reacción

Terminó la representación y una salva de aplausos premió la labor del músico. Las bellas canciones a que había dado lugar el argumento que acabamos de reseñar contenían toda la poesía que el insigne maestro ha sabido siempre dar a su música y el auditorio premiaba con sus aplausos su labor.

Liesa era la única que no aplaudía. La historia que había visto desfilar ante sus ojos era una advertencia de lo que sería su vida en aquel país desconocido, a donde la quería llevar el príncipe.

Este tomó una de sus manos, pretendiendo besarla y Liesa la retiró inmediatamente, como si el contacto de él hubiera producido en ella una reacción insospechable.

—¿Qué le sucede, Liesa?—le preguntó el príncipe, extrañado de aquel gesto.

—Nada, Alteza—respondió ella—. Le ruego que me deje.

—Está usted muy excitada—siguió diciéndole él—. ¿Acaso ha sido la obra?...

—Sí, Alteza—le dijo ella—. He comprendido por esa historia, que todo tiene que terminar entre nosotros. Nuestro amor ha sido una fantasía, que ya ha desaparecido. He vuelto a la realidad, antes que volvió esa pobre Elena.

—Pero todo eso es solamente una fantasía del autor. ¿Cómo puede usted dar crédito a ello?

—No es fantasía, Alteza—protestó ella—es la realidad, la triste realidad que ha venido a demostrarme que estaba viviendo en un sueño químérico...

Su padre y Gustavo, desde la mesa próxima observaban lo que hacían Liesa y el príncipe y, finalmente el Ministro le dijo:

—¡Me parece que hemos ganado, Gustavo!

Este miró más intensamente a la pareja y el Ministro continuó diciéndole:



—Se han ido... ¡Se va!...

—Estoy seguro de que Liesa, en este momento, siente todo lo que ha hecho. Fíjese en la cara del príncipe.

—Voy a ir por ella—exclamó Gustavo.

Mas el Ministro le detuvo diciéndole:

—Nada de eso. Espere a que terminen. Es necesario que el príncipe se dé cuenta de que toda intención suya insistiendo será inútil. Si dejamos perder este momento, tal vez tar-

dariámos mucho en obtener una ocasión semejante. Lo que debe usted hacer ahora es ir a buscar a cualquier otra muchacha para acompañarla hasta el salón de baile. Lo demás ya se encargará de hacerlo Liesa.

Se encendieron las luces del jardín y los invitados fueron desfilando hacia el salón de baile.

Gustavo, siguiendo el consejo del Ministro se acercó a una joven y le ofreció el brazo, diciéndole:

—¿Me permite usted ser mi pareja en el primer baile?

—Con mucho gusto — respondió ella.—
¡Creí que bailaría usted con Liesa!

—El príncipe me ha pedido ser él su compañero y me he visto en la necesidad de acer a ello. Gracias a ello tendré el placer de poder ser yo su compañero.

Sonrió la joven y aceptando el brazo que le ofrecía Gustavo, pasó por delante de Liesa y del príncipe, al mismo tiempo que le decía a ella.

—Liesa, te retengo a Gustavo, hasta que tú vengas. Así podré vigilarle de cerca.

—Gracias, Emna — respondió Liesa, sin-

tiendo que en su pecho nacía un sentimiento de celos que jamás había sentido.

—¿Quiere usted que vayamos al salón? — le preguntó el príncipe.

—Se lo agradezco, Alteza — respondió ella — pero veo a papá sin pareja y quiero ser yo la que le acompañe.

Y sin esperar a más se acercó al Ministro, diciéndole:

—Papá, ¿quieres ser mi compañero? — Y el príncipe? — respondió su padre, afectando una gran sorpresa.

—Su Alteza — siguió diciendo la muchacha intencionadamente — quiere marcharse.

—¿Tan pronto? — exclamó el Ministro.

—Sí, Excelencia — asintió el príncipe —. Tengo algo urgente que hacer y solamente me he quedado para despedirme. Mañana me marcho y no quería hacerlo sin expresarle antes mi agradecimiento por su amable invitación.

Y con esa parsimonia tan clásica de los orientales, fué alejándose por el jardín, hasta llegar a la verja de la calle. Hizo allí una señal y acudieron sus servidores.

—El coche — ordenó el príncipe.

Seguidamente un soberbio automóvil se paró ante él y el príncipe, mirando tristemente al interior del jardín, suspiró. Subió al coche y le dijo al chofer.

—A casa!

Sonó la bocina y el príncipe oriental, el que durante tanto tiempo nubló los amores de Liesa y Gustavo, partió de allí. Era el príncipe de los sueños, que como sueño, también se disipaba y dejaba tras sí la verdadera felicidad.

La reconciliación

La orquesta dió comienzo al baile y Gustavo, llevando del brazo a la joven que había legido por compañera, se lanzó a bailar.

Mientras lo hacía buscaba afanosamente a Liesa, hasta que por fin la vió bailando con su padre. Sintió que su corazón se ensanchaba a la esperanza, y el gozo íntimo le hizo sonreír, sin darse cuenta.

Su compañera, al ver a Liesa bailando con su padre, se lo advirtió a Gustavo, diciéndole:

—¿Creo que estoy molestando a Liesa?

—¿Por qué?—preguntó Gustavo.

—Le he quitado su pareja.

—También ella baila—respondió Gustavo.

—Pero no con el príncipe. A éste no le veo en el salón.

—Se lo habrá impedido algún asunto importante. Ya me lo explicará Liesa — dijo Gustavo, deseando que acabase cuanto antes el baile.

Por fin cesó la orquesta de tocar y Gustavo acompañó a su compañera hasta su sitio; después, sin mirar siquiera a Liesa, se dirigió hacia el bufet. Antes de llegar a él, lo detuvo Liesa, diciéndole:

—¿Tienes comprometido este baile?

—No, ¿por qué? — preguntó él.

—Te molestaría bailarlo conmigo?

—De ningún modo — respondió Gustavo —. Ya sabes que mi deseo hubiera sido acompañarte toda la noche, pero creí...

—Sí — respondió ella —. Creíste la verdad. Estaba loca, Gustavo, no sé lo que hacía. Ese hombre llenó mi cerebro de ideas fantásticas, de las que gracias a ti y a papá he podido librarme. He comprendido que la comedia que se ha representado esta noche, ha sido únicamente para que me diera cuenta de que estaba jugando con mi felicidad.



— Mi felicidad eres tú, Gustavo.

— ¿Y tu felicidad, cuál es? — preguntó Gustavo.

— Mi felicidad eres tú, Gustavo — exclamó ella bajando los ojos.

Mientras hablaban habían ido dirigiéndose a un salóncto contiguo y al confesar Liesa su amor, él no pudo contenerse y la estrechó en sus brazos besándola amorosamente.

En aquel instante se oyó una voz indiscreta tras ellos y se volvieron rápidamente. Era el Ministro que sonreía y que mirando, con fingida severidad a Gustavo, le dijo:

—Esto es un abuso de confianza, Gustavo y merece usted ser castigado.

—Papá — exclamó Liesa corriendo a sus brazos.

El Ministro siguió diciéndoles:

—Los dos habéis cometido igual delito y los dos debéis recibir igual castigo. Mañana mismo se señalará la fecha de la boda. ¿Estáis dispuesto a cumplirlo?

—¡Con toda mi alma! — exclamó Gustavo.

—Sí, papaito — respondió ella—. Pon tú mismo la fecha, pero cuanto antes mejor. He vuelto a la realidad y ahora es cuando me doy cuenta que nunca he amado a nadie más que a Gustavo.

El Ministro, una vez que vió la reconciliación de los dos jóvenes, volvió a dejarlos solos. Comprendía que tendrían cosas que decirse y se dirigió al bufet.

En el salón de baile, la orquesta ejecutaba

la bella sinfonía que había precedido a la representación del País de la Sonrisa.

Y mientras los acordes llegaban hasta ellos, Liesa y Gustavo se abrazaban, pensando en la felicidad que les aguardaba y en lo próximo que habían estado de perderla.

FIN

CANCIÓNERO BONIFAR



FRANZ LEHAR

Afortunado e inspiradísimo autor de la música de esta opereta y de la no menos famosa •PAGANINI• cuya letra de sus canciones ha sido publicada por **BIBLIOTECA FILMS** en su afamado

CANCIONERO POPULAR

Ediciones Biblioteca Films

96 páginas de texto

1 peseta tomo

Profusión de ilustraciones

Últimos
éxitos
publicados



Entre noche y día

Novela de intriga y de amor
Elena D'Algé-Alfonso Granada

Al Este de Borneo

Novela de la máxima emoción, luchas de hombres y fieras y narración de la truculenta erupción de un volcán

Charles Bickford - Rose Hobart

"M" (el vampiro de Dusseldorf)

Asunto de alta tensión trágica, que conmoverá a las multitudes

PEDIDOS A

Biblioteca Films. - Apartado 707. - Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones, completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis



El conflicto _____

Chino - Japonés

Consta de 8 cuadernos

Portada a todo color - 16 páginas de texto
Reproducción en papel couché de fotografías enviadas por avión

Títulos de los cuadernos:

- Núm. 1 La Mandchuria en llamas
- Núm. 2 Primeras hostilidades
- Núm. 3 ¿Estallará la caldera?
- Núm. 4 Bautismo de sangre
- Núm. 5 La triste jornada de Tsi-Tsi-Kar
- Núm. 6 Hospital de sangre
- Núm. 7 Un duelo sobre las nubes
- Núm. 8 Con los estudiantes de Nanking

20 cts. cuaderno

PEDIDOS A
Biblioteca Films - Apartado 707 - Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis

UN ACIERTO EDITORIAL....

Lo ha constituido la nueva publicación
CANCIÓNERO POPULAR

VEINTE canciones de éxito en cada cuaderno

32 páginas de texto **30** céntimos

Núm. 1 **Carlos Gardel**
en sus creaciones **LUCES DE BUENOS AIRES**
y los tangos más modernos.

Núm. 2 **Imperio Argentina**
en sus canciones populares
LO MEJOR ES REIR, SU NOCHE DE BODAS,
CINOPOLIS y sus últimas canciones.

Núm. 3 **Jeannette Mac Donald**
en sus grandes creaciones
EL DESFILE DEL AMOR, EL REY VAGABUNDO y sus más recientes creaciones.

Núm. 4 **José Mojica**
en sus creaciones **LA LEY DEL HAREM,**
HAY QUE CASAR AL PRÍNCIPE, LADRÓN
DE AMOR, Y EL PRECIO DE UN BESO.

Pedidos a

Biblioteca Films - Apartado 707 - Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones completas, enviando el importe en sellos de correo. Remitir cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis.